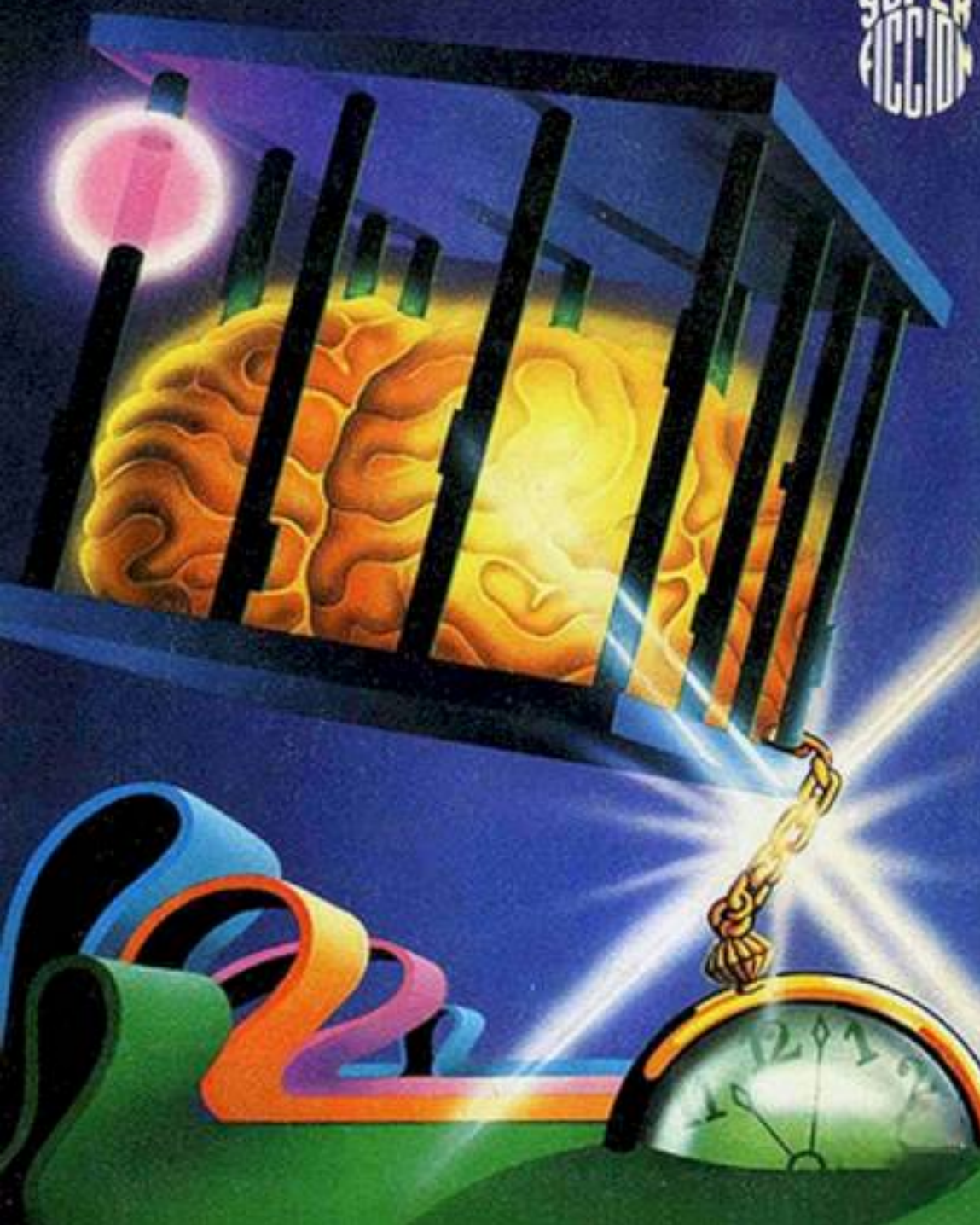


POUL ANDERSON

LO MEJOR DE POUL ANDERSON

SUPER
FICCIÓN



Poul Anderson (n. en 1926, activo desde 1947, ganador del Premio Hugo), es un maestro de la novela corta. Las que se incluyen en esta antología están unidas por un escenario común: el de los confines más lejanísimos del espacio, en las fronteras de la colonización humana, adonde solitarios aventureros llevan el terror último y las más lejanas esperanzas del Hombre.

Memoria: Le desconectaron la mente del cuerpo y lo enviaron a esclavizar el planeta de su propio pueblo...

Frenos: Existía una sola posibilidad de frenar la nave a semejante velocidad. Pero con el Sistema Solar alborotado, ¿quién lo intentaría?

El día en llamas: Una mafia extraplanetaria es elegida para salvar a una extraña civilización de una supernova...

El hombre sensible: Un hombre puede inclinar la balanza...

Piratas espaciales: Eran piratas con sueños imperiales... nómadas del otro extremo del sistema, cuyos manejos era necesario interrumpir.

Bruma estelar: La nave estaba atrapada en un rincón del espacio tan cubierto de estrellas que nada podía penetrar la mortal bruma radiante.

Memoria

Torrek

El planeador siguió la ladera del monte Kettleback, efectuó un giro ascendente desde el valle de Brann y se lanzó hacia un cielo azul plateado, con nubes crepusculares. Por encima del frío y blanco murmullo del río Skara, se extendía una masa brumosa de aire helado, que volvió a absorber la nave.

Por un instante, las manos de Vilyan se movieron frenéticas sobre los controles. Después de cruzar el río, la máquina se elevó una vez más, hasta que sobrevoló el límite forestal.

—Ya estamos cerca, hermano de juramento —dijo—. Será mejor que te prepares.

Torrek asintió, abandonó su asiento y se arrastró por la estrecha extensión del fuselaje. Sintió que el ligero tejido —una tela encerada, tensada sobre un marco de cañas huecas— se estremecía a su contacto y resonaba con el estrépito de los vientos entrecruzados.

Al llegar a la pequeña escotilla, se asomó al cristal empujado y contempló la agreste aridez, listada de campos nevados. Revisó sus bártulos: la cuerda arrollada y atada a un travesaño, los tres cuchillos enfundados en la cintura, la redcilla que sujetaba su pelo rubio para que no le cubriera los ojos. Por lo demás, sólo usaba un taparrabos. Para aquella misión, no se atrevía a llevar más peso del indispensable.

Torrek era un joven ágil y fornido, de facciones duras en las que se marcaban los huesos, lo cual le singularizaba entre la elegante gente de Dumethdin. El nombre mismo que

le habían asignado, Torrek, no sólo significaba «extranjero», sino que apuntaba a cierto grado de monstruosidad, pues él era el único entre los habitantes de debajo de los Anillos que no podía siquiera conjeturar su linaje. No obstante, llevaba tatuados en el rostro los emblemas de su clan y su secta.

—¡Allí está el nido!

La frente de Vilyan se cubrió de sudor, perlado el símbolo azul allí grabado, la señal de la secta del Oso Marino, en cuyo seno se había convertido en hermano de juramento de Torrek.

Vilyan tiró apenas de las palancas, y el planeador vibró. Se encontraban a mucha altura y, hasta ese momento, se habían deslizado a lo largo de la oscura y adusta cima denominada el Sombrero de Hombre de la Skara. Sobre un ventoso peñasco, que dominaba novecientos metros de fríos cielos, se elevaba un enorme y desordenado montón de ramas, que el deterioro de los siglos había convertido en una maciza fortaleza. Hasta donde recordaba la tradición, las krakas siempre habían anidado allí.

En Diupa, algunos de los ancianos consideraban una impiedad matar a la kraka, que llevaba allí tanto tiempo, lo mismo que sus madres y sus abuelas, causando estragos en los valles. Si la kraka desaparecía de Sombrero de Hombre, si se desvanecía su acechante amenaza sobre el fiordo Penga, se produciría un vacío en el cielo.

Pero aquéllos cuyo ganado e hijos pequeños habían sido arrebatados hasta esas inexpugnables alturas no pensaban lo mismo.

El oscuro y temerario rostro de Vilyan se animó con una repentina mueca:

—¡Allí viene, hermano de juramento!

—Bien —gruñó Torrek.

—Que Ellevil y la señora Luna te protejan...

—Mantén la estabilidad —le interrumpió Torrek con aspereza.

Quien no le conociera, tal vez se hubiera ofendido ante su brusquedad —justificada en ese momento, puesto que la muerte subía con el viento a su encuentro—, pero en Diupa creían comprender lo que significaba ser un «trasplantado». ¿Cómo esperar alegría, ni suavidad, ni siquiera demasiada cortesía de alguien cuya vida ha sido tan horriblemente desarraigada? Pensaban que su cerebro continuaba surcado por las cicatrices de la memoria desconectada cinco años atrás.

Por lo tanto, Vilyan se limitó a afirmar con la cabeza. No obstante, cuando Torrek dejó el planeador, volvió a orientarlo hacia la población pesquera —imposible permanecer flotando en ese torbellino de vientos opuestos— y le cantó la *Canción del Largo Adiós*, dedicada a quienes parten para la guerra y no es probable que regresen.

Torrek abrió la portezuela, arrojó la cuerda y se deslizó por ella. Llevaba uno de los puñales entre los dientes.

Durante unos minutos interminables, se balanceó como un badajo, a más de un kilómetro por encima del fiordo. Llegó a sus oídos el sonido del viento, un descomunal y cavernoso rugido que atravesaba el azul atardecer. Su fuerza le hacía balancearse al extremo de la cuerda.

Le alcanzó el desafío de la kraka. Ésta se sacudió, mientras se erguía ciega de ira. En aquella época del año tenía crías en el nido, y esa cosa de alas rígidas se atrevía a sobrevolarlo. Estuvo a punto de lanzarse directamente contra el planeador y aplastarlo, como antaño había hecho su madre. En ese instante, sin embargo, descubrió a Torrek, tal como éste había previsto, colgado como un cebo de anzuelo. Viró y se abalanzó sobre él.

El hombre experimentó una última tensión de sus nervios y sus músculos. Sus ojos parecieron adquirir una claridad definitiva y sus oídos aguzarse ante el estrépito de las Cascadas Humeantes, donde la Skara hundía sus despeñaderos. Había llegado el momento de demorarse hasta que la impetuosa kraka se inmovilizara en el aire, y él pudiera

contar las franjas de su leonado pellejo después de cada aleteo gigantesco. Aun así, Torrek no temió. En apenas cinco años de vida recordada, hay muy poco tiempo para aprender a sentir eso que se llama miedo.

Y de pronto, la kraka atacó.

Era un poco más pequeña que él, descontando la extensión de casi diez metros de sus correosas alas y la larga cola en forma de timón. Pero sus cuatro patas terminaban en garras, capaces de partir a un hombre por la mitad de un solo golpe, y su hocico ocultaba unos dientes cortantes como sables. Muy pocas personas colgadas de una cuerda con una sola mano habrían resistido la tentación de dejarse caer y tratar de huir.

En el último instante, Torrek se alzó y se ovilló como una pelota. Cuando el rayo alado golpeó bajo sus pies, se soltó. Cerró las piernas alrededor del magro vientre de la kraka, le aferró el cuello con el brazo izquierdo y, con la mano derecha, le clavó un puñal en la garganta.

La kraka gritó.

Durante unos segundos, se sacudió, se encabritó y retorció en el aire, con la intención de quitárselo de encima. El cuchillo de Torrek cayó en un meteórico centelleo. Lo había soltado al comprender que necesitaba ambos brazos y hasta el último resto de sus fuerzas para mantenerse en su lugar. El peso resultó excesivo para la kraka. Comenzaron el descenso hacia las áridas cuestas. El batir de las alas amortiguó en parte la caída, que se transformó en un prolongado planeo... Entretanto, Torrek había echado mano a otros de sus cuchillos y la apuñalaba metódicamente en sus órganos vitales.

No sintió la menor piedad por la más espléndida de las bestias. Había demasiados huesos pequeños en el Sombreiro de Hombre de la montaña Skara. Pero reconoció su valentía.

En un respiro, Torrek divisó desde tan increíbles alturas, los nebulosos bosques y las verdes profundidades del valle

de Brann, más allá de las Cascadas Humeantes y los estrechos campos que los hombres habían arado entre los acantilados y el fiordo de Diupa.

También distinguió, al otro lado del fiordo Penga de Holstok y el delta del río Blanco, las fértiles tierras bajas, listas para la cosecha. Localizó el angosto extremo de la bahía y siguió con la mirada sus serpenteos hacia el norte, entre las rocas, en dirección a la embocadura. Allí donde el Remanso espumaba con la marea ascendente, se encontraban las islas guardianas, llamadas de los Hombres Alegres. Torrek creyó ver incluso los severos muros de Ness, el fuerte sobre Gran Ulli, que montaba guardia para evitar que los piratas de Illeneth, con sus cascos de bestias, volvieran a arrasarse Dumethdin.

La kraka se debilitaba, salpicando con su sangre el aire azulado del atardecer. Al batir las alas con menos frenesí, se aceleró la caída. Torrek apretó los dientes al pensar que se vengaría de él pintando con su carne los cercanos despeñaderos del Skara.

Luego, en una tambaleante convulsión, la kraka se bamboleó hacia el este, donde los vapores más cálidos de los campos arados le ofrecían una última ayuda: el fiordo, sobre el que se dejó caer.

Torrek se zambulló un segundo antes de que la kraka se hundiera. El joven chocó contra las aguas con tal ímpetu, que se sumergió cada vez más en las verdosas profundidades, hasta que los tímpanos dejaron oír su protesta. Una lanza de coral le desgarró el flanco. Cuando logró volver a la superficie, sus pulmones parecían a punto de estallar. Transcurrió largo rato hasta que cesó su jadeo.

La kraka flotaba a poca distancia, sustentada por sus enormes alas..., muerta. No muy lejos brillaban las primeras luces de Diupa.

—Muy bien, viejita —resolló Torrek—, fue muy amable de tu parte. Ahora espera aquí y no permitas que los ollen-

bors te devoren y te limpien los huesos. ¡Quiero tu pellejo listado!

Se dirigió a zancadas a la población, al principio resintiéndose del cansancio, aunque recuperó las fuerzas con una prontitud que sabía anormal. A veces, por la noche, a solas con su alma truncada, Torrek se preguntaba si era un ser humano... o qué.

Asomaban canoas en el embarcadero. Los habitantes del lugar habían previsto su llegada. Las esbeltas estructuras con portarremos exteriores surcaban las rumorosas olas, mientras un centenar de canaletes golpeaba las aguas al unísono. Los farolillos de papel coloreado colgaban como ojos avizores de los palos de proa.

—¡Ojoiajá!

Una caracola marina de gran tamaño lanzó su ronco sonido después del grito, y el latido de los gongos adquirió un ritmo uniforme.

—¡Ojoiajá! Creíamos que no volveríamos a verte, pero el mar te devuelve, oh amado. El mar te devuelve vivo. ¡Ojoiajá!

—¡Aquí estoy! —gritó Torrek, dejándose de ceremonias.

La embarcación más cercana viró. En tanto unas manos musculosas le izaban a bordo, las caracolas, los gongos y las voces loaron su triunfo.

Cuando la flota regresó arrastrando a la kraka y exhibiendo a Torrek en el estrado del capitán, todo el pueblo de Diupa le aguardaba reunido en el muelle.

Enmascarados y con mantos de plumas, agitando sus matracas y sus armas —ballestas, hachas, zapapicos, alabardas, cerbatanas—, los jóvenes de la secta del Oso Marino expresaron con la danza el orgullo que él les había inspirado. Los ancianos de su clan adoptivo esperaban bajo brillantes faroles, solemnes en sus túnicas bordadas de escarlata y azul. Entre las espaciosas casas de hule pintado, largas y bajas, con paneles de madera tallada y tejados de ri-

pia en punta, los niños y las doncellas arrojaban flores a su paso.

Hasta los más humildes granjeros, artesanos y pescadores, sin más galas que un taparrabos de líber y una toca de plumas, levantaron sus tridentes y le rindieron honores cuando cruzó ante ellos.

En lo alto de las montañas, se abrieron las tenues nubes crepusculares. El sol estaba bajo, aunque faltaban horas para que cayera la oscuridad sobre las cálidas latitudes del Mundo Llamado Maanerek. El cielo lucía un infinito azul claro, y dos de las lunas ascendían, casi llenas. Al sur se elevaba, enorme, el arco iris de los Anillos, el puente sagrado.

Era corriente que las nubes del largo y templado día —cuarenta horas duraba el recorrido del sol sobre las Islas— se dispersaran a medida que el atardecer daba paso a la fría noche. Pero Torrek, en cuya piel cosquilleaba aún el beso helado del fiordo, imaginó que el todo bondadoso Rymfar le brindaba su bienvenida, corriendo el telón del cielo en el preciso momento en que él desembarcaba al encuentro de su gente.

Su gente. Por primera vez sintió que algo se ablandaba en su interior. Esos ágiles seres morenos y de pómulos altos le habían aceptado como uno de los suyos al descubrirle mudo e inerme en los campos. Le habían enseñado con la misma paciencia y bondad que mostraban con sus hijos y le habían perdonado los errores inevitables en quien no se había criado entre ellos desde su nacimiento.

Como compensación, él les había acompañado, navegando en sus canoas, pescando, cazando y arando los campos con ellos, luchando en las líneas de combate cuando los bandidos de Illeneth forzaron el Remanso y entraron en Dumethdin.

Y el pueblo le había ascendido de categoría, según sus aptitudes crecientes, y ahora ostentaba el título de piloto.

No obstante, no había dejado de ser el niño abandonado. No les había retribuido por su vida entre ellos..., hasta

ese día.

—Bebe —le invitó el mayor Yensa, al tiempo que le tendía la antigua copa de plata del Concejo.

Torrek hincó una rodilla y bebió el sutil vino especiado.

—Que tu nombre quede escrito en el pergamino de los arponeros —declamó el escriba Glamm— y que la próxima vez que la Flota salga en busca de serpientes marinas, empuñes una potente lanza y seas recompensado con lo que corresponde a tu trabajo.

Torrek inclinó la cabeza:

—No soy digno, reverendo tío.

En realidad, sabía muy bien que merecía esa elevada distinción. Esperaba alcanzarla si salía con vida de aquella misión. Ahora...

Se irguió y dirigió una mirada hacia las mujeres jóvenes, que permanecían respetuosas junto a la hilera de faroles.

Sonna le miró a su vez y bajó la vista. Un lento rubor cubrió sus mejillas. Inclinó la cabeza hasta que la larga cabellera oscura adornada con guirnaldas ocultó su rostro a la mirada del joven.

—Reverendo tío —dijo Torrek, inclinándose ante el hombre canoso del clan Korath, que le observaba con picardía—, ¿tiene un arponero rango suficiente para hablar como un amigo con los hijos de un capitán?

—Así es —confirmó Baelg.

—¿Me concedes entonces el permiso de ir a las montañas con tu hija Sonna?

—Si ella lo desea, ésa es mi voluntad. —Baelg sonrió y se tironeó la corta barba—. Y creo que ella estará conforme. Pero antes debes descansar.

—Descansaré en las montañas, reverendo tío.

—¡No hay duda de que eres un hombre resistente! —exclamó Baelg, en tanto que los muchachos le observaban, admirados de su fortaleza—. Adelante. Si al volver deseáis contraer matrimonio, daré mi aprobación.

Sin pronunciar otra palabra, Torrek se inclinó ante los ancianos, ante el escriba, ante los concejales de Diupa y el virrey de Dumethdin. Sonna le siguió, ajustándose al ritmo de sus grandes zancadas. Pocos minutos después, habían traspuesto los límites de la población y llegado a un camino que serpenteaba montaña arriba, a través de los campos.

—Si me lo hubieses pedido, me hubiera quedado para el festín, Sonna —dijo Torrek torpemente—. Quizá me mostré demasiado impaciente.

—No para mí —replicó ella con gran dulzura—. Hace mucho que aguardaba esta noche.

El camino se convirtió en una estrecha senda, que ascendía entre frescas frondas de susurrantes hojas. Palpitaba en el aire un húmedo olor a verde y un bullicioso sonido de cascadas. Había allí muchas cuevas donde una pareja joven podía tenderse sobre lechos de capullos, comer frutas silvestres y romper las duras cáscaras de frutos secos, como la nuez de la skalli, a lo largo de la prolongada noche clara del Mundo Llamado Maanerek.

Cuando la senda —un saliente que descendía a través de un intenso crepúsculo púrpura— les condujo fuera de los límites de la foresta, Torrek y Sonna vieron que la luna interior se elevaba en dirección al cielo. También eran visibles cuatro de las lunas exteriores, entre unas pocas estrellas y las vibrantes bandas de los Anillos, tendiendo puentes de luces sobre el fiordo Penga y más allá del océano.

A lo lejos, inaudible desde donde se encontraban, se abrió una cortina transparente de blanca espuma alrededor de los Hombres Alegres cuando rugió a través del Remanso, una de las olas de la marea que custodiaba a Dumethdin y desafiaba a sus visitantes.

Sonna suspiró y se asió a un brazo de Torrek.

—Espera un poco —le dijo suavemente—. Este paisaje nunca me pareció tan hermoso.

Una curiosa emoción se agitó con furia en el interior de Torrek. Se puso rígido y paladeó su amargura, hasta que

comprendió de qué se trataba: celos y resentimiento contra los que habían recorrido aquel sendero con ella.

Un sentimiento feo y desagradable, se dijo desconcertado..., considerar como de mi propiedad a una mujer, una muchacha soltera que todavía no se ha comprometido con ningún hombre. Indignarse porque ella actuaba como una criatura humana libre, lo mismo que se irritaba cuando alguien se servía de sus herramientas personales para despiezar una presa.

Se arrancó de las entrañas la insensata sensación y la escupió, pero quedaba en él un regusto, una duda de sí mismo.

¿Quién soy?

—Hay pena en ti, Torrek —murmuró Sonna.

—No es nada —respondió.

¿Por qué soy?

—No..., la siento en ti. De pronto, tu brazo me pareció de madera. —Los dedos de Sonna acariciaron sus músculos y jugaron con el vello dorado, otra marca de su diferencia con los hombres lampiños y morenos de Dumethdin —. No está bien que sientas pena.

—Escojamos una cueva —dijo él, con una voz rechinante como el casco de un barco contra un arrecife rocoso.

—No, Torrek. —Sonna observó el rostro iluminado por la luna, con sus oscuros ojos oblicuos—. No pasaré allí una noche de ira y pesar... No a tu lado.

Un súbito mareo asaltó a Torrek. A pesar de las palabras de Baelg, había sido excesivo esperar que algún día Sonna...

—Que algún día se casara con un hombre anónimo —musitó sin darse cuenta.

Sonna desplegó una sonrisa triunfal, pero pasó por alto la cuestión principal para decir:

—Anónimo, no. Has sido plenamente adoptado, Torrek. Lo sabes muy bien, y después de tu hazaña de hoy...

—No basta —respondió desesperado—. Siempre seré el desarraigado, el extranjero que encontraron hace cinco años en los campos arados, sin voz, sin familia, sin memoria. Por lo que sé, hasta podría ser hijo de los gnomos de la montaña...

—O hijo de Rymfar —sugirió Sonna—, o de los revoloteadores negros de que hablan las tribus montañosas. ¿Y qué? Tú eres tú mismo y sólo tú mismo.

Torrek se impresionó. Le parecía inaudita la idea de un humano existente como criatura singular y autosuficiente, sin formar parte de ningún clan, secta o nación, considerándolo innecesario. ¡Sonna obraba como una hechicera del bosque al atreverse a expresarlo!

De pronto, como si se hubiese descornado un cerrojo, Torrek comprendió lo acertado de la idea. No perdió la melancolía —siempre ambicionaría unos lazos de sangre que le habían sido negados—, pero dejó de representarse su singularidad como una monstruosidad. Era diferente, sí, incluso mutilado en cierto sentido, pero no anormal.

Por un instante, se preguntó por qué habían penetrado tan profundamente en él las breves palabras que Sonna había dicho tan a la ligera. Como si hubiera tocado y despertado un recuerdo de...

—¡Basta! —exclamó riendo—. La noche no es tan larga para que la desperdiciemos así.

—Tienes razón.

Sonna bajó la vista con recato y apoyó una mano en la de él. Se oyó un zumbido en los cielos. Torrek se desconcertó. Luego, a medida que aumentaba el ruido y cuando oyó el gemido del aire al henderse, se le pusieron los pelos de punta.

Tenía por única arma un puñal, que en un segundo pasó a su mano. Empujó a Sonna contra el muro del acantilado y se situó delante de ella, con la vista fija en lo alto. La luz de la luna le deslumbró.

La forma negra cruzó los Anillos y soltó un cable invisible, uno de cuyos extremos le capturó con tanta rapidez que no le dio tiempo siquiera a pensar en correr hacia el bosque. Todavía no había calculado el tamaño del objeto, pero cuando éste se posó junto al saliente, comprobó que su longitud duplicaba la de una lancha.

Se posó y le sujetó.

No existe otra palabra para describirlo. Estaba *sujeto*, apretado contra el acantilado por una fuerza elástica que no alcanzaba a ver. Cuando rugió, apoyó todo su peso y empujó con las fuerzas que poseía contra la red, ésta le rechazó contra Sonna con una violencia que arrancó un quejido a la muchacha.

—Torrek —susurró Sonna, mientras le rodeaba la cintura con un brazo, cegada por la implacable e irreal luz de luna—. Torrek, ¿sabes...?

No, no lo sabía. No recordaba esa forma de pez delgada, opaca y negra..., que tampoco le parecía salida de una pesadilla ni el fantasma vengativo de la kraka. Por alguna razón, se sentía capaz de aceptarla, como se sentía capaz de aceptar la existencia de una nueva y mortal especie de animales.

—No es un planeador —afirmó con los dientes apretados—. No tiene alas. Se trata de metal fraguado..., o fundido.

—Los revoloteadores —anunció Sonna con voz enronquecida.

De pie, inmerso en el atroz terremoto de su propio corazón, Torrek pensó en lo dicho por Sonna. Los revoloteadores era un cuento, un rumor, un comentario reciente entre los bárbaros de tierra adentro. Se había visto tal cosa, había ocurrido tal otra, extraños objetos volantes, hombres estrafalariamente vestidos...

Se abrió una puerta circular en el costado de... ¿De la nave? Más allá, había otra similar, que se abrió a su vez.